

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su enérgico repudio a los ataques perpetrados por la Federación Rusa contra la población civil de Ucrania, particularmente los bombardeos sobre la región de Zaporizhzhia, que ocasionaron la muerte de al menos cinco personas y la destrucción de infraestructura residencial y civil en abierta violación al derecho internacional humanitario. Asimismo, manifiesta su solidaridad plena e inquebrantable con el pueblo y el gobierno de Ucrania, que resisten una agresión injustificada y contraria a los principios fundamentales de la libertad, la soberanía nacional y la integridad territorial.

Del mismo modo, esta Honorable Cámara expresa su respaldo al liderazgo internacional de los Estados Unidos y del Estado de Israel en la defensa de los valores del mundo libre, y reafirma que la Argentina debe alinearse estratégicamente con las naciones que sostienen, sin ambigüedades, un orden internacional fundado en la dignidad humana, la responsabilidad democrática y la defensa activa de las libertades.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

El presente proyecto tiene un fundamento moral, político y civilizatorio: defender sin ambigüedades la libertad de los pueblos frente al autoritarismo agresivo que hoy vuelve a manifestarse de forma descarnada en Europa del Este. Mientras la Federación Rusa intensifica sus ataques, bombardeando ciudades, destruyendo barrios residenciales y dejando un reguero de víctimas civiles —como ocurrió recientemente en Zaporizhzhia—, nuestro deber como representantes de una Nación democrática es decir con claridad dónde estamos parados y con qué valores nos identificamos.

Lo que ocurre en Ucrania no es un episodio aislado ni un conflicto regional ajeno a nuestros intereses. Es un ataque directo al orden internacional basado en reglas, al derecho de autodeterminación de los pueblos, a la paz fundada en la libertad y no en el sometimiento. En otras palabras, es un ataque al mismo principio que sustenta nuestra posición histórica sobre las Islas Malvinas: ningún territorio puede ser tomado por la fuerza, ninguna soberanía puede ser violentada sin consecuencias, ningún agresor puede ser premiado por su agresión.

Hoy, mientras Ucrania enfrenta drones Shahed, misiles balísticos y bombas aéreas lanzadas deliberadamente contra población civil, la comunidad internacional se encuentra ante una disyuntiva: mirar hacia otro lado en nombre del pragmatismo o defender los principios que hacen posible que los países libres sigan siéndolo.

La Argentina no puede vacilar. Nuestra identidad política occidental, republicana y democrática nos obliga a pronunciarnos.

Pero, además, este proyecto busca reafirmar algo que excede la coyuntura del conflicto: el alineamiento estratégico de nuestro país con Estados Unidos e Israel, dos naciones que han demostrado, con costos enormes y a lo largo de décadas, que están dispuestas a defender, con hechos y no sólo con discursos, la libertad de los individuos y la seguridad del mundo democrático.

La guerra en Ucrania debe interpretarse dentro de un marco más amplio: la confrontación global entre un bloque autoritario-expansionista —liderado por Rusia, China e Irán— y un bloque democrático-liberal —encabezado por Estados Unidos, acompañado por Israel y por las democracias occidentales. Pretender que se trata de un conflicto aislado es desconocer la lógica profunda de la política internacional contemporánea.

Quienes defendemos las ideas de la libertad sabemos que no existen equidistancias morales posibles entre quienes respetan las instituciones y quienes las destruyen; entre quienes defienden la vida y quienes la instrumentalizan; entre quienes aceptan las reglas de la convivencia internacional y quienes las desprecian.

Estados Unidos ha demostrado, con persistencia histórica, ser el principal garante del orden mundial que permite que países como el nuestro puedan vivir en relativa estabilidad. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la presencia estadounidense ha sido decisiva para frenar regímenes totalitarios, contener expansionismos territoriales y sostener la arquitectura jurídica internacional que inhibe —al menos parcialmente— el regreso a la ley del más fuerte.

Israel, por su parte, encarna la defensa de la libertad en su versión más cruda y exigente: la que se ejerce rodeada de amenazas permanentes. Su experiencia en combatir actores violentos, grupos terroristas y regímenes que reniegan de toda norma civilizatoria lo convierte en uno de los aliados más experimentados, consistentes y moralmente firmes del campo democrático.

Es por eso que este proyecto, lejos de matices ambiguos, reconoce que la Argentina debe abandonar la postura equidistante que durante

años nos debilitó en materia internacional y alinearse con el mundo libre, con quienes sostienen activa y materialmente la defensa de los valores que también nosotros decimos defender.

El reciente ataque sobre Zaporizhzhia —donde al menos cinco civiles perdieron la vida y numerosos edificios residenciales quedaron destruidos— no es un hecho aislado. Forma parte de una práctica militar deliberada de Rusia destinada a desgastar psicológicamente a la población, destruir infraestructura, sembrar terror y quebrar la moral de un pueblo que ha demostrado una fortaleza admirable.

Nada en este ataque tiene justificación militar legítima. Todo en él constituye una violación flagrante al derecho internacional humanitario.

Los drones Shahed utilizados —muchos de ellos de fabricación iraní— son parte de una red de cooperación entre regímenes autoritarios que no sólo amenaza a Ucrania, sino al orden global. Rusia no actúa sola. Actúa con Irán, con China, con Corea del Norte. Ese bloque autocrático está probando los límites del mundo libre, midiendo cada reacción, evaluando cada silencio, avanzando cada vez que percibe duda o debilidad.

Por eso nuestro pronunciamiento no puede limitarse a una condena al ataque puntual. Debe inscribirse en una visión estratégica más amplia.

Las naciones libres deben coordinarse, apoyarse y, sobre todo, reafirmar ante el mundo que existe una comunidad de valores superior a las ventajas coyunturales que puedan ofrecer los regímenes autoritarios. Estados Unidos e Israel, en este sentido, actúan como pilares de esa comunidad. No porque sean perfectos —ningún país lo es— sino porque cargan sobre sus hombros el peso de sostener un orden internacional donde las reglas importan y donde la libertad no es una palabra vacía.

Es por eso que este proyecto se alinea explícitamente con ellos. Porque reconocer aliados no es un gesto simbólico: es un acto estratégico de supervivencia nacional. Una Argentina aislada, o peor

aún, una Argentina que coquetea con agendas autoritarias, es una Argentina débil, vulnerable y condenada a la irrelevancia.

Quienes abrazamos las ideas de la libertad sabemos que el orden mundial no se sostiene solo. Requiere responsabilidad, constancia, instituciones, gastos militares, alianzas claras y una voluntad política firme para enfrentar a quienes intentan destruirlo.

Y eso es exactamente lo que hoy Estados Unidos e Israel están haciendo en el mundo. La Argentina debe acompañarlos.

Algunos dirán que nuestra posición debe ser neutral. Pero la neutralidad, en contextos como este, es una forma elegante de complicidad involuntaria. Cuando una potencia nuclear bombardea zonas residenciales, asesina civil, destruye infraestructura crítica y ocupa territorios por la fuerza, la neutralidad deja de ser un refugio moral y pasa a ser una renuncia ética.

Si la Argentina cree en la libertad, debe defenderla. Si cree en la soberanía territorial, debe repudiar su violación. Si cree en el derecho internacional, debe denunciar su atropello. Y si cree en un mundo sin hegemonías autoritarias, debe aliarse con quienes luchan para impedirlos.

Pero, además, señor Presidente, hay una razón geopolítica adicional para que la Argentina respalde esta declaración con fuerza: nuestros intereses nacionales a largo plazo están más alineados con el mundo democrático que con los regímenes autoritarios. Lo están en materia de inversiones, en materia tecnológica, en materia de cooperación militar, de seguridad, de energía y de innovación.

Una Argentina que se integra al ecosistema democrático occidental es una Argentina con futuro. Una que se aleja de él, es una Argentina condenada a la dependencia, el atraso y la irrelevancia.

Este proyecto reconoce esa evidencia geopolítica y la traduce en una declaración institucional clara.

El alineamiento con Estados Unidos e Israel no implica subordinación; implica lucidez estratégica. Implica reconocer que hay

momentos en la historia en los que la moral, la razón y el interés nacional convergen. Éste es uno de esos momentos.

Mientras las bombas rusas caen sobre ciudades ucranianas, mientras los drones iraníes atacan civiles, mientras China observa atentamente el costo político de la agresión para calcular sus próximos pasos, la Argentina debe decidir si pertenece al mundo que defiende la libertad o al mundo que la subordina.

Este proyecto toma una posición inequívoca.

Por todo lo expuesto, solicito a mis pares que acompañen esta declaración. No se trata sólo de Ucrania: se trata del orden internacional que protege la libertad de todas las naciones, incluida la nuestra. Se trata del compromiso moral de respaldar a quienes hoy ponen el cuerpo por la libertad. Y se trata de reafirmar, con claridad y sin ambivalencias, que la Argentina forma parte del mundo democrático occidental y no del bloque autoritario que pretende erosionarlo.

La historia juzga no sólo lo que las naciones hacen, sino también lo que deciden callar. Hoy la libertad está bajo ataque. Y cuando la libertad es atacada, el silencio no es una opción.

Es justicia.

Firmante: Gerardo Milman.